

viloso poema del Dante.—La vida era entonces rápida, intensa y viril. Tienen la libertad y la tempestad estos efectos; en su atmósfera preñada de amenazas se respira mejor.

8. *Las últimas Cruzadas; la invasión mongólica. Restauración del imperio bizantino. Consecuencias de las Cruzadas.*—Después del breve reinado del hijo de Felipe Augusto, tomó las riendas del gobierno la reina viuda, la enérgica y ambiciosa Blanca de Castilla, durante la minoría de su hijo Luis. Los grandes vasallos que habían visto con recelo el crecimiento considerable que el ya tan importante patrimonio de Felipe Augusto había tenido durante los pocos años del reinado de Luis VIII, quisieron poner coto, aprovechando el gobierno de una mujer, al poder del futuro monarca, del que iba á ser S. Luis. La reina conjuró el peligro, y su hijo, cuando fué mayor (1236), encontró consolidados y ensanchados sus dominios. Profundamente piadoso y sumiso á la Iglesia, el nuevo rey comenzó deshaciendo una nueva conjuración, venciendo á Enrique III de Inglaterra y afirmando su gobierno, que ejercería con una moderación y un amor hacia el pueblo verdaderamente ejemplares.—Como ferventísimo cristiano que era, todos sus deseos los cifraba en guiar una Cruzada; á pesar de la oposición de la previsora Blanca, el rey partió con una magnífica expedición á buscar en Egipto las llaves de Jerusalem; la peste y los *mameluks* dieron cuenta del brillante ejército francés; con la captura de S. Luis terminó la *séptima Cruzada*.—De vuelta á Francia, siguió el rey siendo el excelente gobernante de siempre, mejorando la administración, abatiendo los derechos soberanos de los grandes señores y favoreciendo las burguesías de las ciudades que se regían por el estatuto regio.—*El Parlamento* adquirió inmensa importancia como tribunal supremo, y una de sus secciones revisó las cuentas de los agentes reales; mas no tuvo como el inglés carácter político. Su virtud, su energía dulce y noble, aun contra los desig-nios del papa, hicieron de S. Luis el personaje más respetado de Europa. En 1267 reincidió en su error de realizar una nueva cruzada (la octava) que por súplica de su hermano Carlos (que dueño de Sicilia codiciaba á Túnez) y por indicación de los mercaderes provenzales, en constantes relaciones con Africa, llevó á Túnez, en donde, á la caída de Bagdad, se había establecido un nuevo y brillante califato. Víctima de la peste, S. Luis murió en Cartago en 1270 y con él las Cruzadas de invasión.

Dos importantes acontecimientos se habían verificado entretanto: la destrucción del imperio latino de Oriente y la invasión mongólica del Djinjis-Khan Temuchín.—Los latinos cometieron, después de la captura de Constantinopla, la imperdonable falta de dispersarse por todo el imperio, fundando se-

ñorios feudales, aunque algunos de ellos muy brillantes como los establecidos en Grecia por los Villehardouin y los De la Roche (principados de Akaya y el Atika). Así, cuando el Tzar búlgaro, Juan el hermoso (Kaloyan) los atacó, puso á Constantinopla á pique de sucumbir. El valor y la inteligencia de Enrique de Flandes, el emperador latino, no hicieron sino detener la catástrofe; algunos otros emperadores, un Courtenay, un Juan de Brienne, pasaron como sombras por el trono.—Cuando reinó Balduino II y mendigaba auxilios por las cortes europeas, del pequeño imperio bizantino fundado en Asia Menor por Teodoro Láskaris, partió el hábil y belicoso Vatacés que reconquistó buena parte de las provincias europeas. A su muerte, un usurpador, Miguel Paleologo, se alió con la República genovesa, en odio á Venecia, que era dueña de parte de los litorales y las islas de los mares griegos, y se apoderó de Constantinopla en 1261. Así resucitó, pero ya herido de muerte, el imperio bizantino.

Las invasiones mongólicas fueron en el siglo XIII un accidente; pero un accidente monstruoso por el gasto de vida humana que causaron en Asia y en la Europa Oriental. Los tártaros, nómades de las estepas turánitas, vencidos y reunidos por Temuchín, un digno congénere de Attila, fueron arrojados por aquel caudillo que había tomado el título de «rey de reyes» (dchinchis khan) sobre la China que devastaron y Pe-king que destruyeron, y luego sobre el imperio turco-persa que hicieron desaparecer. Sus descendientes, antes de mediar el siglo, habían hecho desvanecerse para siempre la sombra del califato de Bagdad; habían saqueado el Asia Menor y aparecido en Europa en donde sometieron la naciente Rusia y llegaron á Silesia y Hungría. El imperio mongol, como el de Attila, se desmembró entonces.

Con la tentativa de San Luis concluye el gran movimiento impulsado por la Iglesia que arrojó sobre el Asia al Occidente feudal. El resultado de estas empresas que el predicador é historiador de la tercera cruzada (Guillermo de Tyro) denominaba la obra divina de los francos (*gesta Dei per francos*), no había sido el que los pontífices esperaban y prometían en nombre del cielo; ni la redención del Santo Sepulcro se había logrado, á pesar de siglo y medio de batallas; ni el Islam se había detenido; al contrario, la destrucción por los franceses y venecianos del gran dique que oponía el imperio bizantino á este avance, hizo seguro su triunfo por venir y fué por esto un crimen de lesa-civilización.—Otras fueron las consecuencias; he aquí las más notables: 1ª y principal, el largo contacto entre los europeos y los bizantinos y árabes, mucho más civilizados que ellos, cambió completamente las ideas y las costumbres occidentales, de donde resultó una transformación general de la cultura europea. 2ª dismi-



nuyó la fuerza del feudalismo, tanto por la larga emigración de barones que no retornaban, como porque para sus viáticos los cruzados vendían tierras y privilegios á las ciudades. Los aprovechados de todo ello fueron los reyes y el Estado llano. 3ª La comunicación perenne con el Levante dió una inmensa importancia al comercio, creó la industria, y reforzando así los factores económicos, mermó el régimen militar en provecho del industrial, lo que era un progreso de alcance incalculable.

#### Cultura general.

En el siglo XIII llega á la plenitud de su evolución la Edad Media; los elementos que la informaron han producido ya todo su fruto y comienza con este período, que se ha llamado *el primer renacimiento*, la época de transición que dura cerca de dos siglos entre la Edad Media y la Edad Moderna. Conviene, pues, encargarnos del estado de la sociedad, lo más someramente posible, antes de continuar nuestra marcha.

LENGUAS Y LITERATURAS ROMANCES.— Algunos hechos generales dominan todo este complejo asunto: 1º Las lenguas novo-latinas ó romances (del vocablo *romans*-romanas) se fueron desprendiendo en el transcurso del sexto al décimo siglo del latín popular. 2º En estos siglos, estos idiomas de origen latino, que la índole y los contactos con lenguas exóticas, propios de cada región, diversificaron notablemente, la literatura, que reobrando sobre el idioma, lo fija y lo informa, era latina: analistas, cronistas, poetas, todos escribían en latín. Lo que no obsta para que hubiese cantares populares en lengua vulgar (cuando nos referimos á las clases inferiores en cultura comprendemos á la nobleza, que generalmente no recibía educación intelectual). 3º Los germanos conservaron sus cantos heroicos, fragmentos de una vasta epopeya anónima, desde los siglos de la invasión—algunos grupos de estos cantos recibieron coordinación y forma en el siglo XIII, como los *Nibelungos* y el *Gudrun*—otros influyeron directamente, según el profesor Rajna, en la formación de la primitiva epopeya romance francesa. 4º La zona de las lenguas romances puede distribuirse así: en el centro la lengua de *oc* (Francia meridional y Cataluña); al N. del Loire, la lengua de *oïl*, y más al Norte la de *oui*; en Italia, España y Portugal, la lengua de *sí*. 5º En la región de la lengua de *oïl*, apareció la epopeya francesa (narraciones rimadas de hechos extraordinarios), y por el siglo XII se formaron diversos grupos ó ciclos de poemas épicos, como el de Carlomagno, al que pertenece el célebre cantar de Rolando, el de Arturo de Bretaña, el de Troya y otro cómico-épico de origen burgués. Estos

*cantares de gesta* (e. d. de hazañas) influyeron extraordinariamente en otras literaturas; basta recordar que en el siglo XIII la lengua de *oïl* se hablaba en las principales ciudades de Siria, en Constantinopla, en Atenas, en Palermo y Nápoles, París, Londres, etc., era el idioma de las cortes; los cantores trashumantes de estos poemas eran los *trouvers* ó juglares. 6º En la región del *oc* floreció la poesía lemosina ó provenzal, muy refinada y aristocrática; sus sátiras ó *sirventes*, sus *baladas*, *albas* y sonetos, hicieron las delicias de la gente culta en el siglo XII. Sus cantores ó *trovadores*, nobles generalmente, llevaron por las cortes de Europa sus poemas, después que la cruzada contra los albigenses mató la brillante cultura provenzal ú occitánica. A la sombra de esta poesía, imitada en España y en Italia, nació la poesía caballeresca. 7º Los prosadores literarios vinieron en pos de los poetas; los primeros en los países romances fueron: Villehardouin, héroe y cronista francés de la cuarta cruzada; Villani, á principios del siglo XIV en Italia y D. Alfonso el Sabio, al mediar el XIII, en España. 8º En esta parte de la región del *sí*, la poesía épica produjo, gracias á la influencia francesa, composiciones extensas y trabadas, sin métrica, pero monorímicas, verdaderos cantares de gesta, que son poco posteriores al siglo XI, y de las que han quedado dos muestras notables que se refieren á las hazañas de Rodrigo de Vivar, el Cid Campeador. Durante dos siglos en que las gestas francesas se introdujeron en España, la epopeya nacional se desenvolvió poco; más en el siglo XIII reaparece con nueva forma y vigor la poesía heroico-popular en los *romances*, que no son en el fondo más que una transformación de los antiguos cantares de gesta, debida á los juglares ó recitadores públicos, y en que ya la pauta métrica (octosilábica) se ha fijado, gracias á la influencia de la poesía lírica. 9º Esta poesía lírica, nacida de los cantos de la Iglesia, es en España, provenzal por su origen y escrita en el idioma galaico-portugués; después, cuando el dialecto castellano dominó sobre toda España, las obras poéticas que en él se escribieron, á fines ya del siglo XIV, eclipsaron á las demás. 10º En sus orígenes, la poesía dramática, hija de las antiguas representaciones latinas y de los *misterios* celebrados en la Iglesia, es anterior quizás á la forma épica y lírica de la poesía que contenía en germen; más su desarrollo fué lento por extremo y no se emancipa de la tutela eclesiástica sino en el siglo XIV. En España hubo admirables poetas latinos medioevales, como Prudencio; poetas hebreos superiores á este cristiano por la riqueza de la lengua y la alteza de las ideas como Ben Gavirol y Juda Leví, y multitud de poetas árabes, éstos por extremo artificiosos y alambicados, por lo que no los entendían los cantores cristianos, y en tesis general puede afirmarse que casi nada influyeron en la literatura ro-